

Trabajadores

■ El escritorio donde escribo esta crónica da al jardín de mi casa. Desde aquí observo el trabajo de Antonio, el jardinero, y él, a su vez, me observa a mí trabajar. A veces, nuestras miradas se encuentran y sonreímos.

—¿Cómo va eso?, pregunto yo.

Y Antonio me dice que necesita picar el prado para que la tierra respire, que el pasto bermuda se seca en invierno y es necesario cubrirlo con tierra de hoja y después, mira el jardín, y comenta más para sí que para mí: "Ha quedado bien el jardín, está bonito", y creo advertir un dejo de orgullo o, mejor, la satisfacción de una tarea bien hecha, pues Antonio me atiende el jardín desde hace varios años.

—Y lo suyo, ¿cómo va? No es una pregunta impertinente la de Antonio; al igual que yo antes, él quiere saber si estoy satisfecho con lo que estoy haciendo y al contestarle que me he detenido porque no logro concretar una idea, que las palabras se me escapan y se rehúyen, comenta con filosofía popular: "Hay que ponerle el hombro. Al final las cosas salen" y vuelve a su pala y azadón.

Y yo me he quedado pensando en este sencillo diálogo. Por un momento casi mágico, se han superado las diferencias entre él y yo. Somos simplemente dos hombres trabajando, uno con la máquina de escribir, el otro con sus herramientas de jardinería, cada uno en lo suyo, empeñados en hacer nuestra tarea lo mejor posible y en ser reconocidos en sus respectivos trabajos.

Pienso que cuán absurdas son esas diferencias que se hacen entre trabajo intelectual y trabajo manual, trabajo profesional, técnico y no calificado; si hay algo que une y hermana a los hombres es el trabajo. Pero no un trabajo cualquiera. El trabajo que implica una relación directa entre el que lo hace y lo que se produce.

La actual organización de la sociedad ha hecho que en gran parte se pierda esta relación. Las grandes usinas con su producción en línea impiden al obrero que hace una parte mínima del proceso total identificarse con el objeto que resulta de ensamblar todas esas partes. Las grandes oficinas públicas y privadas, con una atomizadora división de

funciones, albergan en su seno a funcionarios y empleados que difícilmente pueden comprender el fin último al que se destina su quehacer diario. Ese es el trabajo anónimo, el que fatiga, el que reduce en vez de enaltecer la condición humana.

Siempre se suele poner como ejemplo el trabajo de los constructores de catedrales en la Edad Media. Allí, en esos prodigios de arquitectura y de fe, cada artesano ponía lo mejor de sí mismo para completar un todo magistral. No se buscaba ni el reconocimiento, ni la paga, ni el ascenso. Tan sólo la satisfacción de cumplir bien, con lo propuesto y ese objetivo lo aquilataba el propio artesano siendo él su propio juez. Y así su trabajo tenía sentido.

La maldición bíblica con la que Adán fue expulsado del Paraíso, sólo ha adquirido plena significación, a mi juicio, en el tiempo que principió a perderse la relación de causa y efecto, entre el esfuerzo que implica el trabajo y la recompensa de ver el logro del esfuerzo. Más bien, estoy con los versos de Santos Chocano:

"que el trabajo no es culpa de un edén
/ya perdido,
sino el único medio de llegar a gozarlo".

Antonio ha vuelto a consultarme si me parece bien la forma como ha cortado el crategus. Yo le digo que sí, que está muy bien, pero él mira el arbusto con juicio crítico y me contradice: "No, quedó muy alto de la derecha" y parte, tijeras podadoras en la mano, a cumplir con su misión.

Y al terminar, estará contento, satisfecho; no podría decirse que al hacer lo que él hace está cumpliendo una maldición que lo obligó a trabajar.

Y a mí, con esta crónica, me sucede otro tanto. No está tan bien como el jardín que ha formado Antonio, pero, como él, he hecho un esfuerzo y al llegar al final la leo y veo que algo, un poquito de lo que quería decir, lo he logrado.

—Por ahora dejo el crategus así. La próxima vez quedará mejor.

—Sí, Antonio. A mí me pasó lo mismo.

PARTIQUINO.